

VI CONGRESO ESTATAL DE EDUCACIÓN SOCIAL

“Nuevas Visiones para la Educación Social, experiencias y retos de futuro”

1

Comunicación defendida dentro del Eje temático 3:

“Experiencias de futuro. Nuevos campos y líneas de ruptura en la Educación Social”

El malestar en una sociedad terapéutica: el papel de la educación social

The unrest in a therapeutic society: the role of social work

Jordi Solé Blanch, jsolebla@uoc.edu y Asun Pié, apieb@uoc.edu (UOC)¹
Francesc Garreta, fgarreta@peretarres.url.edu (Pere Tarrés)²

Resumen

En esta comunicación se realiza un análisis del malestar en la cultura contemporánea y las vías para su superación. A la vigencia del planteamiento de Freud en torno a las causas que explican el sufrimiento humano, se añaden las nuevas fuentes del malestar que tienen su origen en la individualización de las formas de vida de nuestra época actual, desde las insatisfacciones que produce la cultura del consumo, a las imposiciones de un sistema social y económico que nos sujeta a una existencia precaria vivida en soledad. Para

1 Para contactar: Estudis de Psicologia i Ciències de l'Educació, Universitat Oberta de Catalunya, Rambla del Poble Nou, 156 (Edifici 22@). 08018 Barcelona, España.

2 Para contactar: Facultat de Educació Social y Trabajo Social Pere Tarrés, Universitat Ramon LLull, Santaló, 37. 08021, Barcelona.



hacer frente a ese “ser precario” que ahoga nuestras vidas, se ha desarrollado una cultura terapéutica a la que también parece haberse entregado la educación social. Creemos que lo ha hecho en el momento que sostiene posicionamientos teóricos en los que se percibe un dominio de las disciplinas psi, sobre todo en su vertiente cognitivo-conductual, y el pensamiento positivo, herramientas conceptuales desde las que se han desarrollado unas prácticas profesionales más cercanas a la autoayuda que a la emancipación individual y la transformación social. Nuestra propuesta se sitúa en otro extremo, inspirada en el trabajo impulsado por el colectivo Espai en Blanc, desde el que se lleva a cabo un combate del pensamiento capaz de promover un gesto radical basado en un rechazo total de la realidad y en el odio a la vida. Para nosotros, ese gesto no sólo nos ayuda a entender dicha realidad, sino también a transformarla. Se trata de un gesto político con el que pretendemos afectar nuestras vidas y nuestra práctica profesional.

Palabras clave: malestar, ser precario, sociedad terapéutica, educación social

Abstract

In this paper we make an analysis of the unrest in contemporary culture and the ways for its overcoming. The validity of the approach of Freud about the causes that explain the human suffering, add new sources of unrest that have their origin in the individualisation of lifestyles of our current era, from the dissatisfaction that produces the consumer culture, to the imposition of a social and economic system that holds us to a precarious existence lived solitude. To deal with this "precarious being" that subject our lives, it has developed a therapeutic culture which also seems to have been delivered social work. We believe that it has done so at the moment holding theoretical positions which is perceived in a domain of psychological disciplines, especially in its side cognitive behavioural therapy, and positive thinking, conceptual tools from which have developed more professional practices closer to self-help that individual empowerment and social transformation. Our proposal is on the other extreme, inspired by the work promoted by the collective Espai en Blanc, where is performed a bout of thinking capable of promoting a radical gesture based on a total reality rejection and the hate to the life. For us, this act not only helps us understand this reality, but also to transform it. It is a political gesture with which we intend to affect our lives and our professional practice.

Keywords: unrest, precarious being, therapeutic society, social work



1. La educación social en una sociedad terapéutica

La educación social es una profesión entregada a la gestión del malestar y lo hace al servicio de una ‘sociedad terapéutica’ que nos propone una vida sostenible siempre al borde de la crisis. Los abundantes análisis en torno a la sociedad del riesgo nos recuerdan constantemente nuestra vulnerabilidad, en un escenario colectivo regido por la incertidumbre y la falta de seguridad. Se nos reserva, así, un papel de víctimas de un estado general de amenaza permanente en el que se nos conmina a sostener nuestras vidas en un frágil equilibrio que cada vez se halla más cerca de la derrota y la desesperación.

Freud sostenía en *El malestar en la cultura* que el sufrimiento del ser humano se ve amenazado por tres lados:

“(...) desde el propio cuerpo que, condenado a la decadencia y a la aniquilación, ni siquiera puede prescindir de los signos de alarma que representan el dolor y la angustia; del mundo exterior, capaz de encarnizarse en nosotros con fuerzas destructoras omnipotentes e implacables; por fin, de las relaciones con otros seres humanos. (...) No nos extrañe, pues, que bajo la presión de tales posibilidades de sufrimiento, el hombre suela rebajar sus pretensiones de felicidad (...), no nos asombre que el ser humano ya se estime feliz por el mero hecho de haber escapado a la desgracia, de haber sobrevivido al sufrimiento” (Freud, 1994, 20-21).

Parece que estas tres amenazas a la felicidad del ser humano descritas por Freud se mantienen vigentes hoy en día: por un lado, el cuerpo es ‘objeto’ de todo tipo de cuidados y convive mal con el paso del tiempo mientras es instrumentalizado por la tecno-ciencia para desarrollar todo tipo de políticas preventivas en materia de salud; por el otro, las catástrofes naturales siguen amenazando la sostenibilidad del planeta mientras la extensión de lo que Naomi Klein (2010) ha dado en llamar el capitalismo del desastre se aprovecha de las mismas –o contribuye directamente a provocarlas en nombre del desarrollo económico y del progreso- para colonizar nuevos territorios o seguir intimidando, a través de guerras programadas, a la población de todo el planeta; por último, los vínculos sociales están en crisis o han sido substituidos por la red en unos tiempos alérgicos a cualquier forma de ‘compromiso real’ mientras cada vez

cuesta más encontrar cómplices en los que poder confiar o mantener relaciones sólidas y duraderas.

A lo largo de la historia, seguía diciéndonos Freud, el ser humano ha explorado diversos métodos para compensar ese malestar, recomendados todos ellos por las muchas escuelas de la sabiduría humana. Sin embargo, esos métodos, entre los que cabe incluir la religión, ejercen un papel ilusorio en su intento por dar respuestas a la finalidad de la vida y ofrecer un sentido a su precariedad. Con todo, el ser humano sigue buscando apoyos en nuevas muletas existenciales y lo hace, en el momento actual, entregándose a una amplia oferta de disciplinas *Psi* con las que se promueve una cultura terapéutica de la que no escapa la educación social. La educación social se convierte, así, en una ‘ilusión más’ al servicio de un ‘discurso emocional’ suministrado por esta cultura terapéutica con la que se instituye el nuevo régimen de control de la sociedad contemporánea. Veamos por qué.

2. Malestares en la era del vacío

Si Freud analizó las circunstancias de la cultura de su tiempo para comprender el malestar del ser humano en la búsqueda de la felicidad, el escenario en el que cabe situar esa búsqueda en la época actual parte de la hipótesis del Yo, el último estado de la evolución publicitaria del ‘american way of life’ cimentado en el mito del ‘self-made-man’ (hombre hecho a sí mismo) que exhorta a ser lo que uno es, sin poner límites a los deseos ni, mucho menos, a nuestro goce pulsional.

La transformación de los estilos de vida y la revolución del consumo –nos decía Lipovetsky (1996) en *La era del vacío-*, ha permitido el desarrollo de los derechos – poder ser diferente- y los deseos, configurando un nuevo modelo social de valores individualistas. No cabe duda que esta sigue siendo la cultura de nuestro tiempo, la que estimula la emancipación individual extensiva a todas las categorías de edad y sexo, la que ha promueve, en definitiva, la personalización de las masas, la individualización de las formas de vida y el cultivo de una identidad ansiosa y narcisista.



Dice también Lipovetsky, esta vez en otro ensayo más reciente (*La felicidad paradójica*, 2007), que esa emancipación individual parece haber superado la necesidad de encontrar algún tipo de sentido. El filósofo francés afirma que el absurdo vital ya no es tan desgarrador como antes y que ha perdido parte de su significación existencial ante la frivolidad o la utilidad de la moda, del ocio, del consumo o de la publicidad. Su visión puede parecer un tanto optimista, pues la cultura actual sigue produciendo sus formas de malestar: cuanto más quiero ser Yo, más tengo la sensación de un vacío. El autor francés, en este punto, reconoce al menos que la felicidad a la que puede aspirar el individuo contemporáneo es, en cualquier caso, una felicidad paradójica:

"La gente se declara mayoritariamente feliz pensando que los demás no lo son. Jamás se han dedicado tanto los padres a satisfacer los deseos de los hijos, jamás ha habido tantas conductas problemáticas (entre el 5% y el 9% de los jóvenes de quince años) ni tantas enfermedades mentales entre éstos [...]. Si el PIB se ha multiplicado por dos desde 1975, el número de parados se ha multiplicado por cuatro. Nuestras sociedades son cada vez más ricas, pero un número creciente de personas vive en la precariedad y debe economizar en todas las partidas del presupuesto, ya que la falta de dinero se ha vuelto un problema cada vez más acuciante. Nos curan cada vez mejor, pero ello no impide que el individuo se esté convirtiendo en una especie de hipocondríaco crónico. Los cuerpos son libres, la infelicidad sexual persiste. Las incitaciones al hedonismo están por todas partes. Las inquietudes, las decepciones, las inseguridades sociales y personales aumentan. Son estos aspectos los que hacen de la sociedad del hiperconsumo la civilización de la felicidad paradójica." (Lipovetsky, 2007, 12-13).

Asistimos, pues, al desarrollo de un estado patológico generalizado. Tal y como atestiguan Talarn, Rigart y Carbonell (2011, 326), esta *psicopatologización de la existencia* nos ofrece una lista interminable de malestares: "crisis de ansiedad, depresiones, distimias, duelos, niños revoltosos supuestamente hiperactivos, fatigas y algias variadas, hipocondrías, disfunciones sexuales, alteraciones de la personalidad, adicciones de todo tipo, anorexias y bulimias, vigorexias, dismorfofobias, aislamientos e inhibiciones sociales, adolescentes problemáticos y malos tratos, entre otros".

Actualmente, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la depresión es el mayor problema sanitario de los países occidentales, siendo los Estados Unidos la

nación que cuenta con más ciudadanos depresivos. En la *Encuesta Nacional de Salud* (Ministerio de Sanidad y Consumo, 2006) se dice que el 14.7% de los españoles padece depresión, ansiedad u otros trastornos mentales. Se afirma también que el 21.3% de la población mayor de 16 años está en riesgo de padecer algún trastorno mental. En concreto el 15.6% de los hombres y el 26.8% de las mujeres. En Cataluña, según datos del *Consell Assessor de Salut Mental de la Conselleria de Salut de la Generalitat*, el 30% de los pacientes atendidos en atención primaria tiene algún problema de salud mental (Infocop online, 2008). El problema más frecuente es la depresión y le siguen los trastornos de ansiedad y las adicciones. Por último, en nuestro país se quitan la vida nueve personas al día, según los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE)³ correspondientes al año 2010 y ya se ha colocado como la primera causa de muerte no natural (no debida a una enfermedad de forma directa) porque los fallecimientos en accidente de tráfico han caído un 20,7% (*El País*, 3-3-2010). Son datos de suicidios consumados, pero –tal y como señala la OMS–, hay que multiplicar por veinte el número de tentativas.

Así las cosas, ¿cuáles son las causas que originan el malestar en los países del llamado ‘primer mundo’? No cabe duda que las claves de esta insatisfacción generalizada hay que encontrarlas en frentes diversos.

Sin abandonar todavía el análisis en torno a la cultura del consumo, la crítica clásica situaba el origen de la alienación y los desengaños en las mismas experiencias consumistas (Marcuse, 1969). Hay una cierta imposibilidad en el individuo que no le permite aceptar abiertamente el confort completo y disfrutar al mismo tiempo del máximo placer.

³ La **Estadística de suicidio** se ha realizado ininterrumpidamente desde 1906 hasta 2006. Con periodicidad anual, ha recogido información tanto de los suicidios consumados como de las tentativas, estudiando el acto del suicidio con todas las circunstancias de tipo social que puedan tener interés. Desde 2007, siguiendo los estándares internacionales en la materia, se ha adoptado la decisión de suprimir los boletines del suicidio, y obtener la información estadística relativa al suicidio a partir de la información que ofrece el boletín de defunción judicial que se utiliza para la Estadística de Defunciones según la Causa de Muerte.

Las posibilidades de acceso al bienestar material no aumentan las posibilidades de felicidad, entre otras cosas, porque detrás de este aparente confort existe una falta de libertad *real*: se asumen como propias necesidades artificiales que han sido debidamente interiorizadas mediante los diversos mecanismos de publicidad y propaganda de los medios de comunicación. El consumo, como Freud decía respecto a la religión, es también una ilusión. Aún así, Lipovetsky (2007) sostiene que la decepción de las *cosas*, del consumo de bienes materiales, es más superficial que profunda. Nunca ha habido un movimiento real de desafección o de hostilidad masiva contra las actividades de consumo comercial. Si acaso, algunos brotes de disidencia protagonizados por grupos minoritarios con escasa influencia social –mientras el sistema consigue integrar las contradicciones que estos denuncian-, y, en el caso de la mayoría, cierto rechazo al consumo de los otros, pero no al privado, que nos produce –según el autor francés- una gran satisfacción.

Tanto es así que, hoy día, toda la población, incluso la que ha quedado excluida, se proyecta y participa de los mismos valores individualistas y consumistas de los grupos sociales dominantes. El consumo se ha impuesto para borrar cualquier diferencia de clase, erigiéndose, tal y como sostuvieron los diferentes autores de la primera Escuela de Frankfurt- como el nuevo fascismo con el que se disciplina y controla a toda la sociedad. Decía más tarde Pasolini en sus *Cartas luteranas* que

“(...) el poder se ha convertido en un poder consumista, y, por tanto, en un poder infinitamente más eficaz –para imponer su propia voluntad- que cualquier otro anterior en el mundo. Que se nos persuada para seguir una concepción ‘hedonista’ de la vida (y por tanto para ser buenos consumidores) ridiculiza cualquier esfuerzo de persuasión autoritario anterior: por ejemplo, el de seguir una concepción de la vida religiosa o moralista” (2010, 25-26).

En unos tiempos en los que los procesos de integración social pasan por el consumo, los comportamientos de categorías enteras de la población se han visto desorganizados por no poder resistir a las tentaciones de la oferta comercial. Las disfunciones asociadas a la sociedad neoliberal del hiperconsumo son muchas, pero en la intolerancia a la frustración podemos encontrar la causa de muchas violencias: la que se ejerce contra uno mismo cuando el ánimo decae y la que se ejerce contra los otros cuando uno mismo

se ve abandonado, sin límites ni referentes que le permitan soportar las privaciones y los impedimentos (Solé, 2011). Por eso cada vez van a ser menos ocasionales los estallidos de violencia asociados a los actos de vandalismo y pillaje (París, 2005; Tottenham, 2011...). Del mismo modo que la primera organización clásica del proletariado estuvo precedida, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, por una época de acciones aisladas y ‘criminales’ orientadas a la destrucción de las máquinas de producción, que quitaban a las personas sus trabajos, asistimos en este momento a la aparición de una ola de vandalismo contra las *máquinas del consumo*, que nos quitan sin apelación nuestras vidas.

El individuo contemporáneo es impelido, pues, a replegarse sobre sí mismo y sobre la búsqueda de satisfacciones privadas. En una civilización en la que se promueve una imagen de felicidad eufórica e histérica, se crea la convicción de que siempre falta lo esencial de la vida. La búsqueda sólo puede ser agotadora y deprimente, por lo que se produce la proliferación de desequilibrios psíquicos a los que ya hemos hecho referencia antes, una de las primeras causas que motivan las consultas médicas y las demandas asistenciales.

Conviene tenerlo en cuenta en el campo de la intervención social. Muchas personas se presentan a los servicios sociales para exponer malestares emocionales provocados por una sensación generalizada de frustración. Se acude a los centros de atención primaria en busca de comprimidos –sólo en España, en el año 2006, se consumieron 35 millones de tranquilizantes-, o bien se recurre a los servicios sociales, a los psicólogos, a los psiquiatras u otro tipo de terapias, sin duda, en plena expansión. El papel de estos profesionales y terapeutas deviene, entonces, imprescindible, pues a ellos les corresponde diagnosticar e interpretar los síntomas de esos malestares, movilizar los recursos de atención –como se dice en nuestro campo-, a menudo, aplicando protocolos y homogeneizando, por tanto, el tratamiento y la intervención. Puesto que se nos ha adiestrado para considerar el dolor como algo ajeno, éste debe ser tratado por una tercera persona dispuesta a extirparlo. En definitiva, la desazón, el desconsuelo y el dolor deben aprender a ser controlados para poder levantarse de la cama y continuar con la rutina cotidiana.



3. Seres precarios abandonados a sí mismos

El consumo que tanto fomenta la cultura del narcisismo no es el único ángulo de observación desde el que poder entender el malestar del individuo contemporáneo. Es probable que en otras esferas se manifieste con mayor intensidad. Entre ellas, el mundo del trabajo, la incertidumbre que genera el mundo del trabajo, ofrece pistas muy claras de cómo se ha extendido una sensación permanente de inseguridad, recordándonos, a su vez, que somos absolutamente superfluos (Bauman, 2005; Wacquant, 2007; Solé, 2010). Estamos solos frente al mundo. O lo que es igual, hemos interiorizado lo que nuestros gobernantes nos repiten una y otra vez: “vuestra situación depende únicamente de vosotros mismos”.

En un contexto de crisis como el actual, es interesante observar cómo se ha puesto en marcha el sistema de mediación social a través de los *mass-media* para conseguir que los individuos creen que la situación y los problemas que sufren son el resultado de un orden social contra el que no hay nada que hacer. Pierre Bourdieu señalaba (2001, 32), por ejemplo, la exaltación conservadora de la responsabilidad individual, que lleva a imputar el paro o el fracaso económico a los propios individuos y no al orden social, y que a través de conceptos equívocos como *employability* -o el famoso espíritu emprendedor que tanto excita a nuestros gobernantes- obliga a cada agente individual a introducirse él mismo en el mercado, a crear su propio trabajo, a convertirse en pequeños empresarios dinámicos, considerándose a sí mismos como capital humano (que se forma y actualiza a lo largo de la vida), con la consecuencia de duplicar con una especie de sentimiento de culpa la miseria de los que son rechazados por el mercado. Gracias a ello, se consigue que los problemas no se vivan como asuntos colectivos, como situaciones que sufren más personas con las que se comparte destino y habría que unirse para resolverlos, sino como asuntos personales en los que no caben otras soluciones que las que puedan surgir a nivel individual. Lo que antes se vivía como un destino de clase capaz de originar un conflicto social hoy se vive como una humillación, como un fracaso estrictamente personal.

La precariedad, pues, se ha institucionalizado cuando las decisiones de las empresas se rigen por la obtención de beneficios a corto plazo, las políticas de contratación quedan



sometidas a los imperativos de flexibilidad (contratos temporales), de movilidad (sin cargas impositivas por los despidos), individualización de la relación salarial (vinculados, por ejemplo, a la productividad) y falta de planificación a largo plazo, sobre todo en materia de mano de obra. La siguiente cita de Bourdieu es muy ilustrativa a la hora de describir esta dinámica de institucionalización de la precariedad:

“(...) Con la amenaza constante de la reducción de personal, toda la vida de los asalariados queda bajo el signo de la inseguridad y la incertidumbre. Si el sistema anterior garantizaba la seguridad del empleo y un nivel de remuneración relativamente alto que, al alimentar la demanda, sostenía el crecimiento y el beneficio, el nuevo modo de producción persigue el máximo beneficio reduciendo la masa salarial mediante el recorte de salarios y los despidos, con lo que el accionista sólo tiene que preocuparse por las cotizaciones de la Bolsa, de las que depende su renta nominal, y de la estabilidad de los precios, que debe mantener la renta real al mismo nivel que la nominal. De esta forma se ha instituido un régimen económico que es inseparable del régimen político, un modo de producción que implica un modo de dominación basado en la institución de la inseguridad, la dominación por la precariedad: un mercado financiero desregulado favorece un mercado de trabajo desregulado, por tanto un trabajo precario que impone a los trabajadores la sumisión. (...) Las empresas están gestionadas por una dirección racional que utiliza el arma de la inseguridad (entre otros instrumentos) para situar a los trabajadores en situación de riesgo, de estrés, de tensión. A diferencia de la precariedad ‘tradicional’ de los servicios y de la construcción, la precariedad institucionalizada de las empresas del futuro se convierte en principio de la organización del trabajo y en estilo de vida” (Bourdieu, 2001, 50-51).

No hay duda, pues, que una de las principales transformaciones de la globalización económica se han producido en el ámbito de la organización del trabajo. El estatuto profesional de los asalariados se ha degradado. En un contexto caracterizado por el desempleo masivo, la precariedad deja de ser un ‘mal momento transitorio’ mientras se encuentra un trabajo fijo para convertirse en un estado permanente. Lo que el sociólogo francés Robert Castel (1997) llamó el ‘preariado’, una nueva condición infrasalarial que se ha extendido por toda Europa.

Esta degradación del estatuto del asalariado agrava las desigualdades porque excluye de hecho a un número creciente de personas (sobre todo jóvenes) del sistema de protección

del Estado de bienestar. Las aísla, las margina, rompe sus vidas... y ya se conocen casos de suicidios de trabajadores en sus mismos puestos de trabajo (como los que trascendieron en septiembre de 2010 en referencia a diferentes empresas francesas como Renault, Suez, GDF, LePoste, France Telecom). Abandonados a sí mismos, en feroz competencia de todos contra todos, los individuos viven en una especie de jungla, lo que –sin duda- desconcierta a muchos sindicatos...

4. Poner a trabajar la vida

La institucionalización de la precariedad es un mecanismo de explotación más de este capitalismo neoliberal que rige nuestras vidas. En la experiencia humana en relación al trabajo, en una sociedad postfordista donde el conocimiento y el saber se han convertido en los nuevos pilares de la producción (inmaterial), hallamos nuevas formas de explotación que han superado los análisis de Marx en torno a la concepción del trabajo como mercancía y el sistema de alienación que éste genera (Ferré y Solé, 2009). En efecto, cada vez es más difícil distinguir entre tiempo de trabajo, tiempo de reproducción y tiempo libre, hecho que facilita la administración de los individuos, tal y como diría Marcuse en estos momentos. Así, podemos observar como, por un lado, gran parte de las potencialidades intelectuales las absorbe la actividad del trabajo y, por el otro, que esta actividad, al ser constantemente productiva, deviene toda ella capitalista.

En relación al primer aspecto, Franco Berardi (Bifo) (2003) ha aportado interesantes elementos de análisis conectando la economía, la teoría comunicativa y la psicoquímica para explicar las nuevas formas de alienación del sujeto contemporáneo. Si la capacidad cognitiva se ha convertido en el principal recurso productivo, la subsunción de la mente en el proceso de valoración capitalista comporta una auténtica transformación. El organismo consciente y sensible es sometido a una presión competitiva, a una aceleración de estímulos y a un estrés de atención constante de tal manera que el ambiente mental, la *infoesfera* en la que la mente se forma y entra en relación con otras mentes, se vuelve un ambiente psicopatógeno. Así, el trabajo postfordista vinculado a la producción y conexión digital se convierte –tal y como lo denomina el autor italiano- en una auténtica fábrica de la infelicidad.

Es por ello que la enfermedad mental se muestra cada vez con mayor claridad como una epidemia social o, como puntualiza Berardi, ‘sociocomunicativa’. Para ser competitivo –nos dicen machaconamente- hay que estar plenamente conectado. Pero esto no sólo vale para poner en funcionamiento la ‘new economy’, sino también nuestras propias vidas. Acceder a la realidad, estar en el mundo, supone conectarse a esa esfera virtual donde fluyen todo tipo de signos y que se superpone como un hiper mundo al espacio material de nuestras vidas. Nuestras relaciones sociales, nuestras emociones, nuestras expectativas personales son emplazadas a desarrollarse en este hiper mundo paralelo donde se cruzan flujos semióticos cuyos fragmentos debemos recombinar incesantemente. Correos electrónicos, *sms*, páginas web, blogs, fórums, redes sociales, grabaciones digitales, etc. definen ya nuestra forma de vivir y de relacionarnos. No sólo nos dan una vida, para muchos, es la vida misma.

Ahora bien, esta *infoesfera* soporta en su propia estructura una tensión creciente entre la dimensión espacial (el ciberespacio es una red en continua expansión) y la dimensión temporal, que marca los límites de la capacidad del organismo para procesar y elaborar con sentido todo ese flujo de signos e informaciones. Esto provoca un estrés de atención constante y una reducción del tiempo disponible para la afectividad, lo que acaba por devastar el psiquismo individual. Los síntomas de esa devastación, que se expresan en forma de depresión, pánico, ansiedad, sensación de soledad o miseria existencial ya no pueden aislarse indefinidamente, tal y como ha hecho hasta ahora la psicopatología y quiere –como ya hemos explicado- el poder económico, y no se puede porque no afecta tan sólo a una minoría de locos o a un número marginal de deprimidos. Hoy el capital necesita las energías mentales y psíquicas de su ‘cognotariado’. Por eso –nos dice Berardi (2003, 24)-, las enfermedades mentales están estallando en el centro de la escena social.

“La crisis económica depende en gran medida de la difusión de la tristeza, de la depresión, del pánico y de la desmotivación. (...) En general, la infelicidad funciona como un estimulante del consumo: comprar es una suspensión de la angustia, un antídoto de la soledad, pero sólo hasta cierto punto. Más allá de ese punto, el sufrimiento se vuelve un factor de desmotivación de la compra. Para hacer frente a eso se diseñan estrategias. Los patrones del mundo no quieren, desde luego, que la humanidad sea feliz, porque una humanidad feliz

no se dejaría atrapar por la productividad, por la disciplina del trabajo, ni por los hipermercados. Pero se buscan técnicas que moderen la infelicidad y la hagan soportable, que aplacen o contengan la explosión suicida, con el fin de estimular el consumo”.

El capitalismo, pues, saca provecho de una situación que domina y conduce. Llegados a este punto podemos comprender mejor el segundo aspecto que apuntábamos en el párrafo introductorio de este apartado al afirmar que realidad y capitalismo se han identificado. Ésta es la tesis que se sostiene en Espai en Blanc (2008) a la hora de definir la época global en la que estamos y que, sin duda, mejor explica el malestar contemporáneo.

El capitalismo –lo sabemos desde hace tiempo-, pone en marcha sus maniobras para moldear la mente y la vida de los individuos; sobre todo para que interioricen el miedo y persistan –como hemos visto- en su precariedad existencial. Capitalismo y realidad se confunden porque a través de esas estrategias y sus instituciones se programan nuestras necesidades, pero también todo aquello que debemos pensar y cómo debemos hacerlo, pues se proponen referencias, se establecen criterios, se canaliza el deseo...; se domina, en definitiva, la vida. Tal y como sostiene Wenceslao Galán (2008), uno de los colaboradores de Espai en Blanc, el capital hace mundo: crea empresas, proyectos, noticias, programas, acontecimientos, algo de lo que hablar y donde reconocernos. Todo ello en la forma de un simulacro, tal y como explicó Baudrillard (1984) –simulacro de vida, de mundo, de sentido-, simulacro rentable, valorizable y cuyo fin inmanente es por tanto el propio capital.

La coincidencia entre capitalismo y realidad significa, pues, que ya no hay afuera, es decir, no hay nada que quede fuera del capital. Asistimos a su desbocamiento total, sin límites ni relaciones antagónicas (la antigua lucha de clases) que lo puedan condicionar. De acuerdo al planteamiento de Berardi (2003), lo que hemos aprehendido es que la vida es puesta directamente a trabajar para el capital. Pero este análisis es deudor del paradigma marxista –si bien renovado- de la explotación, lo que para autores como López Petit (2009) y Espai en Blanc (2008) resulta todavía insuficiente para comprender la multiplicidad de sentidos desde los que poder explicar el malestar social. Lo oportuno sería, pues, pasar del paradigma de la explotación al paradigma de la movilización



global. Evidentemente, este tránsito no implica el fin de la explotación capitalista sino justamente su máxima exacerbación. Así, la movilización global ya no es un fenómeno económico sino un fenómeno total (López Petit, 2008, 62-67).

“Desde esta nueva perspectiva, no es que la vida sea puesta a trabajar, es que la vida misma deja de ser un dato objetivo para convertirse en algo subjetivo: vivir es ‘trabajar’ nuestra propia vida, o dicho de otro modo, vivir es gestionar nuestra propia vida” (Ídem, 92). Porque nuestra vida sólo adquiere significado en tanto que es marcada por el capital. Ese es el discurso que ha conquistado nuestras conciencias y que supera el sentido de la alienación tal y como fue conceptualizado por Marx. El tipo de subjetividad entronizada por el nuevo espíritu del capitalismo es aquella que convierte a cada individuo en un emprendedor nato de sí mismo, único responsable de su inversión en ‘capital humano’.

“En la época global ‘Yo soy’ significa ‘Yo soy mi propia marca (comercial)’. Me identifico con ella, me apropio de ella; y gracias a ella, me diferencio de los otros. Mi objetivo será su crecimiento y expansión” (Ídem, 71).

En tanto empresarios de nosotros mismos, nuestras propias vidas ocupan ahora el lugar del mercado en la organización de la sociedad. Somos y actuamos como una marca, por eso se nos conmina a ‘gestionar nuestras vidas’.

“Se ha dicho muchas veces que el trabajo es la mejor terapia para tener controlados a los enfermos mentales, especialmente, a los más violentos. (...) Pues bien, hoy habría que afirmar que la vida misma es esa terapia. Una terapia de control y dominio” (Ídem, 93).

En la movilización global, lo que el poder efectúa para dominar la vida es lo que la propia vida realiza por ella misma.

“El efecto represivo que jugaba la obligación del trabajo se reformula como obligación de ‘tener una vida’. (...) Pero la movilización global reserva un destino diferente a cada vida. A unas las convierte en vidas hipotecadas, a otras en residuales, a otras en emprendedores de sí mismos” (Ídem, 93).

El grado de vulnerabilidad de cada cual dependerá del grado de control que se tenga sobre la propia vida. Mientras tanto, todas estas vidas coincidirán en su radical

aislamiento, consecuentes con el proceso de individuación que produce la movilización global.

Estar solo asegura la interiorización del miedo y, por tanto, la persistencia del ‘ser precario’.

“El ‘ser precario’ consiste antes que nada en un nuevo tipo de vulnerabilidad (...). La vulnerabilidad propia de esta época global supone una novedad ya que se trata de una verdadera fragilización del querer vivir, y el querer vivir es lo que nos constituye a cada uno en lo que somos. El ‘ser precario’ no es un estado, no es algo que nos pasa y que luego desaparece. No se trata, por tanto, de una mera precariedad laboral sino de una precariedad existencial causada por la interiorización del miedo” (Ídem, 66).

Para mantener el ser precario es necesario que se produzca un cambio en el ejercicio del poder. El poder tiene que hacerse, entonces, poder terapéutico, dispuesto a tranquilizar, a infundir confianza, a preservar el ser precario en su propia fragilidad.

5. El lugar de la educación social en la sociedad terapéutica

Ya hemos visto cómo el ser precario se manifiesta en las llamadas enfermedades del vacío: depresión, insomnio, ansiedad... El ser precario tiene que persistir porque comporta un tipo de vulnerabilidad que produce el máximo de beneficios para el capital. Desde esta perspectiva, el poder terapéutico actuará con el fin de adaptar la vida a la realidad, inutilizando políticamente todo tipo de malestar social que se pueda producir, pues, como hemos visto, la movilización global nos recuerda que cada cual es responsable de su destino personal.

La proliferación de las disciplinas *Psi* y la medicalización extensiva de la sociedad forman parte de las estrategias que pone en marcha el poder terapéutico para que los individuos puedan ‘sostener’ su precariedad existencial. Médicos y psiquiatras, psicólogos y terapeutas, trabajadores sociales y educadores, seguimos siendo esos ‘profesionales inhabilitantes’ que ya denunció Iván Illich (1981) en su momento en tanto que obedientes delegados de un poder terapéutico dispuesto siempre a ‘diagnosticar las necesidades’ del ser precario y dictaminar la prescripción con la que

poder ‘clavarlo en su realidad’, atarlo, en definitiva, a-la-vida-que-se-tiene como la única forma posible de hacer frente al malestar.

En apartados anteriores ya hemos visto cómo la promoción de la cultura del consumo, que infantiliza, entretiene, etc., es una de las estrategias que se ponen en juego para exorcizar el vacío. A través del consumo, los individuos aspiran a conseguir una felicidad rápida sin perder –como interpretaría el psicoanálisis- ni una parte del goce inconsciente de sus síntomas. Una cultura del consumo que va más allá del ámbito material y que se ha introducido en el campo supuestamente terapéutico con el surgimiento de todo tipo de terapias cognitivo-conductuales y parapsicológicas y la promoción de un lenguaje positivo que se ha revelado como un eficaz mecanismo de dominación.

No tenemos espacio para analizar en profundidad este fenómeno, pero aún podemos señalar algunas cuestiones para describir el funcionamiento del poder terapéutico. Porque de lo que se trata es de conseguir el consentimiento de los individuos para que sigan atados a unas vidas plenamente identificadas con el capital. Si nos parece importante insistir en esta idea es porque en el campo de la educación social se están extendiendo modelos de trabajo basados en el paradigma cognitivo-conductual, la psicomagia y el lenguaje positivo.

Como es conocido, el modelo cognitivo-conductual se basa en interpretar el malestar de los sujetos y sus síntomas como errores de cognición. En este caso, el terapeuta, y siguiendo con nuestro paralelismo, el educador social, ayuda a su ‘paciente/usuario’ a identificar ese error para que consiga elaborar una percepción más ‘adecuada’ de las cosas. Queda así justificada la intervención del profesional, que habrá ‘ofrecido’ al sujeto una buena y uniformada ‘forma’ de estar en el mundo de acuerdo al modelo de la realidad de la que parte el profesional y que, sin duda, trabaja para la ‘adaptación del sujeto’ a esa realidad, así como para la ‘prevención de los riesgos’ que podría correr su presunta ‘inadaptación’.

Junto a la extensión del paradigma cognitivo-conductual en las prácticas profesionales de la educación social podemos percatarnos también del desarrollo y uso del

positivismo, una aplicación muy útil del lenguaje y el discurso emocional para el control de las mentes de los individuos porque consigue hacer creer que cada cual es el último responsable de todo lo que le sucede. Clara Valverde (2011), en un artículo reciente, lo ilustra muy bien cuando cita ejemplos como el hecho de que, para el pensamiento positivo, “perder el trabajo es una gran oportunidad para abrirse nuevos horizontes” o que padecer una enfermedad, como el cáncer, es “un regalo para ver la vida con optimismo”. “El pensamiento positivo predicado por el neoliberalismo –dice Valverde (2011, 35)-, anima a negar la realidad y asegura que si se piensa, por ejemplo, en tener más dinero, el pensamiento en sí ya lo atraerá. Esta idea llegó a su máxima aceptación con la publicación, en los EEUU, del libro *El Secreto*, que ha tenido un éxito sin precedentes predicando ‘la ley de la atracción’ (tomando como base científica la física cuántica). Si quieres algo, dice la autora, sólo tienes que ‘atraerlo’ con tus ‘pensamientos positivos’”.

No vamos a profundizar más en esta cuestión, pero a nadie se les escapa la propagación del pensamiento positivo y su lenguaje en múltiples prácticas profesionales que se dedican a ‘acompañar’ a muchos individuos en el ‘oficio de vivir’; por cierto, el título de un programa de la radio catalana con mucha audiencia, sobre todo, entre el público femenino. Se trata de una manifestación más del poder terapéutico que pone a trabajar nuestras vidas con las continuas llamadas a que seamos los ‘causantes’ de todo lo que nos acontece.

Somos conscientes que también se trabaja desde otros modelos (Núñez, 2010) y que, en cualquier caso, se exploran caminos desde los que oponer unas prácticas que no puedan ser absorbidas por el poder terapéutico ni contribuyan a perfeccionar sus estrategias. Pero el discurso emocional y el pensamiento positivo forman parte de las ‘herramientas’ de muchos profesionales de la educación social, mientras hay quien busca complementos de formación en el campo del *Coaching*, la Programación Neurolingüística (PNL) o las ‘terapias espirituales alternativas’ con las que fomentar ‘nuevas actitudes’ en sí mismos y en las personas con las que trabajan. Ante un contexto sociocultural y profesional como el descrito, se hace necesario proponer algún gesto radical. Nosotros creemos, y esto es lo que hemos intentado hacer aquí, que hay que

partir de un rechazo total de la realidad, para pensarla con rabia. Esta rabia hay que dirigirla contra la propia vida. “El odio dirigido contra mi vida –seguimos de nuevo a López Petit (2009, 12)- traza una línea de demarcación entre lo que yo-quiero-vivir y lo que yo-no-quiero-vivir. Porque odiar la propia vida es la única manera de poder llegar a cambiarla”. El odio a la vida expulsa el miedo que nos encierra en nuestro ser precario. El odio a la vida permite politizar nuestra existencia. Politizarse significa ‘desokupar’ el ser precario para conseguir ‘ser libres’, y eso, no lo olvidemos, es lo que el poder terapéutico no está dispuesto a permitir.

Bibliografía

- Baudrillard, J. (1984). *Cultura y simulacro*. Barcelona. Kairós.
- Bauman, Z. (2005): *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona. Paidós.
- Berardi, F. (*Bifo*) (2003). *La fábrica de la infelicidad*. Madrid. Traficante de Sueños.
- Bourdieu, P. (2001). *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo*. Barcelona. Anagrama.
- Castel, R. (1997). *La Metamorfosis de la cuestión social*. Barcelona. Paidós.
- Ferré, X. i Solé, J. (2009). Educació i sostenibilitat? Sobre la societat de la informació i les seves contradiccions. *Universitas Tarraconensis, Revista de Ciències de l'Educació, any XXXIII, III època*, 149-168.
- Galán, W. (2008). Nosotros, el psicoanálisis y la política. *Revista Espai en Blanc, núm. 3-4*. [<http://www.espaienblanc.net/Nosotros-el-psicoanálisis-y-la.html>, consultado el 26/01/2012].
- Klein, N. (2010). *La doctrina del shock*. Barcelona: Paidós.
- Espai en Blanc y VV.AA. (2008). *La sociedad terapéutica*. Espai en Blanc, núm. 3-4. Barcelona: Bellaterra. [<http://www.espaienblanc.net/-Revista-de-Espai-en-Blanc-no-3-4-.html>], consultado el 26/01/2012].
- Freud, S. (1994). *El malestar en la cultura*. Madrid. Alianza.



Illich, I. et. al. (1981). *Profesiones inhabilitantes*. Madrid. Hermann Blume.

Infocop online (2008). *Tres de cada diez catalanes que acuden a atención primaria sufren problemas de salud mental*. [http://www.infocop.es/view_article.asp?id=1687&cat=39, consultado el 26/01/2012].

Lipovetsky, G. (1996). *La era del vacío*. Barcelona. Anagrama.

Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. Barcelona. Anagrama.

López Petit, S. (2009). *La movilización global. Breve tratado para atacar la realidad*. Madrid. Traficante de Sueños.

Marcuse, H. (1969). *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona. Seix-Barral.

Ministerio de Sanidad y Consumo (2006). *Encuesta Nacional de Salud 2006*. [http://www.msc.es/estadEstudios/estadisticas/encuestaNacional/encuestaIndice2006.htm, consultado el 26/01/2012].

Pasolini, Pier Paolo. (2010). *Cartas luteranas*. Madrid. Minima Trotta.

Solé, J. (2010). La globalització i els seus règims de marginalitat. Nous escenaris per a l'acció pública i l'educació social. Vilanou, C. i Planella, J. (Coords.). *De la compassió a la ciutadania. Una història de l'educació social*. Barcelona. Editorial UOC, 297-314.

Solé, J. (2011). Violencias: algunas imágenes retóricas. Moyano, S. y Planella, J. (Coords.). *Voces de la educación social*. Barcelona. Editorial UOC, 317-327.

Talarn, A.; Rigart, A. y Carbonell, X. (2011). Los malestares psicológicos en la sociedad del bienestar. *Aloma, Revista de Psicología, Ciències de l'Educació i de l'Esport*, 29, 325-340.

Valverde, C. (2011). El lenguaje positivo como sentido común o el consentimiento del neoliberalismo". *El Viejo topo*, 286, 32-39.

Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores Argentina, S.A.

